

REVISTA DE arqueología

del siglo XXI

ESPAÑA 6,60 € • USA \$ 9,95 • PORTUGAL Cont: 5,00 €

AÑO XXVIII • Nº 315



La música en el viaje de Ulises

- La huella española en
el Rif. Recintos militares
y fortificaciones
- Prospección y fotografía
aérea en la Rioja Alta

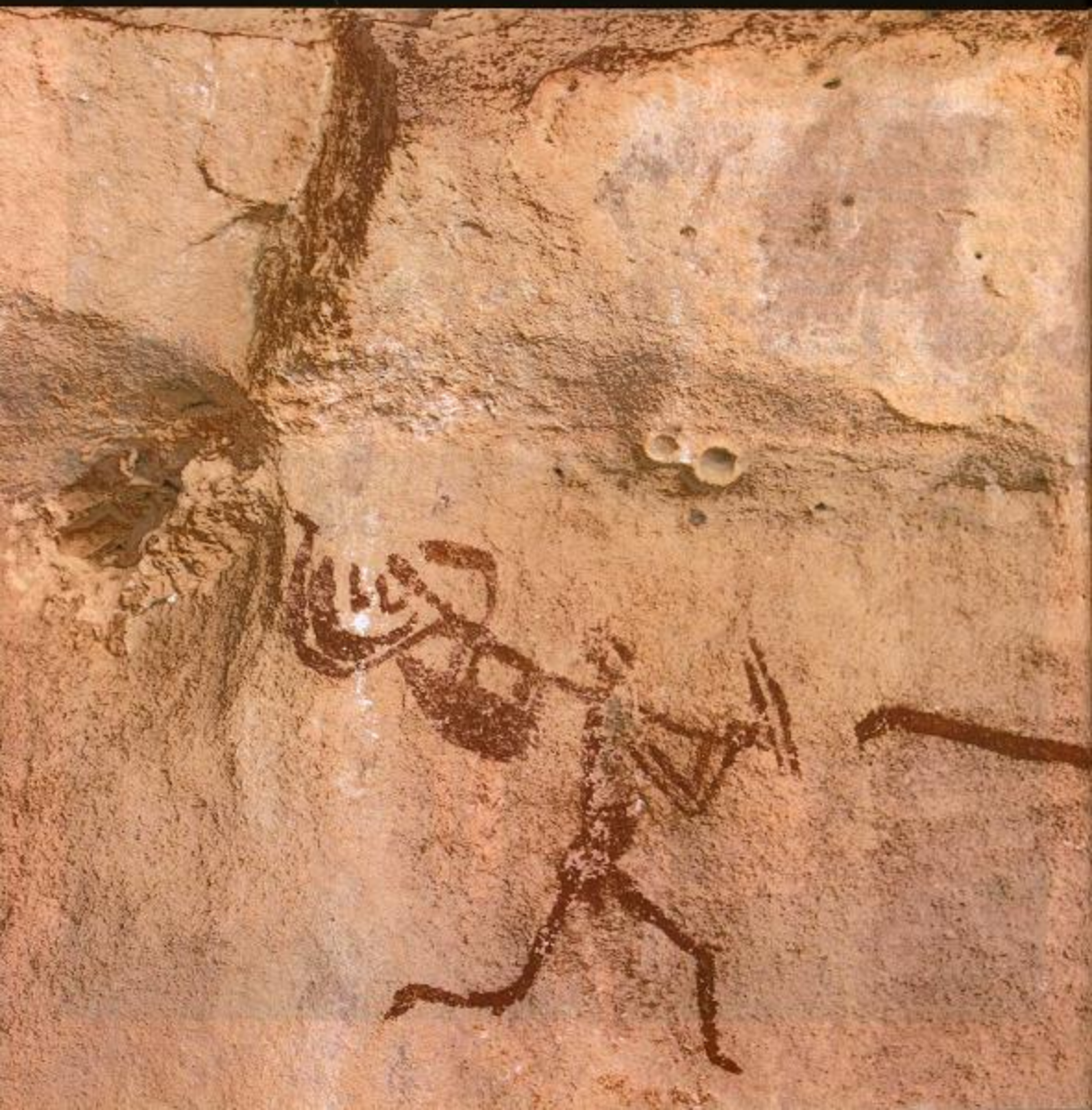
La prehistoria reciente entre el

Sahara y el Sudán



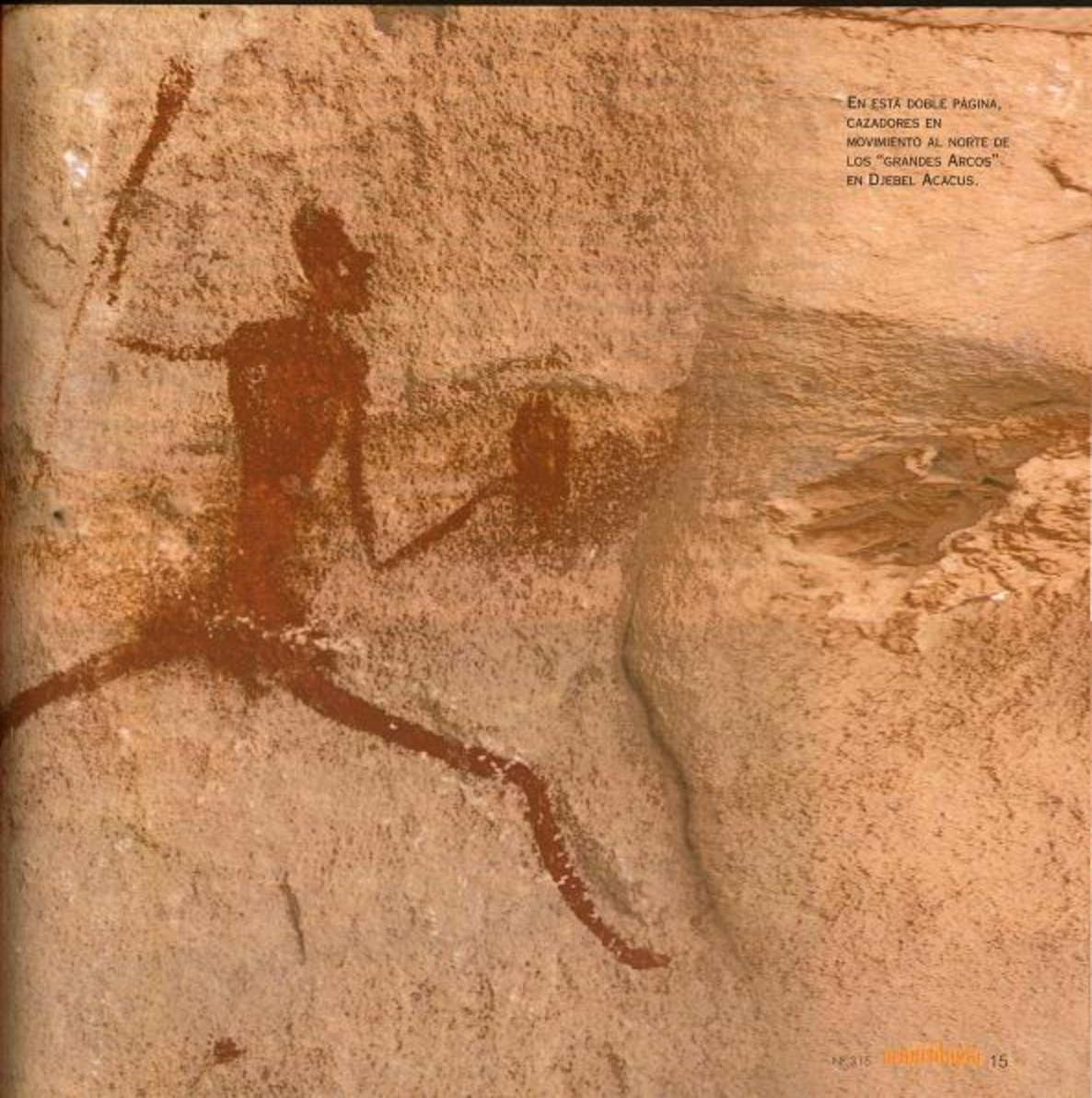
EN PORTADA

LA PREHISTORIA RECIENTE ENTRE
EL SAHARA
Y EL SUDAN



CON EL TÉRMINO *PREHISTORIA RECIENTE* LA ARQUEOLOGÍA HACE REFERENCIA AL PERIODO DURANTE EL CUAL LAS SOCIEDADES HUMANAS DEL VIEJO CONTINENTE LLEVARON A CABO LA DOMESTICACIÓN DE PLANTAS Y ANIMALES (*NEOLÍTICO*) Y DESARROLLARON LA METALURGIA (*EDAD DE LOS METALES*). POR MÁS LEJANAS QUE PUEDAN PARECERNOS ESTAS TRANSFORMACIONES, SUS REPERCUSIONES ECONÓMICAS, MEDIOAMBIENTALES Y SOCIALES SE ENCUENTRAN EN EL GERMEN DE LA MODERNA SOCIEDAD OCCIDENTAL.

Texto de Roberto Risch
Fotografías de José Antonio Soldevilla



EN ESTA DOBLE PÁGINA, CAZADORES EN MOVIMIENTO AL NORTE DE LOS "GRANDES ARCOS" EN DJEBEL ACACUS.

Sin la agricultura y la ganadería habría sido imposible el crecimiento demográfico de los últimos milenios, mientras que el desarrollo industrial y armamentístico sería inconcebible sin el dominio de la metalurgia. La domesticación y la transformación del metal se desarrollaron por primera vez en el Próximo Oriente, en un área que se extiende desde el Cáucaso al Norte hasta Palestina al Sur, y desde los montes Zagros al Oeste hasta Anatolia central al Este. El proceso de control de la reproducción de plantas como el trigo y la cebada y de animales como los ovicápridos se prolongó a lo largo de unos mil quinientos años, entre 9000 y 7500 a. de C. Más tarde, alrededor de 5500 a. de C., se comenzó a fundir y forjar metales: primero el cobre, después el bronce y, tras varios milenios de experiencia, el hierro.

En Europa y en el ámbito occidental en general solemos escribir la historia desde este punto de partida. En él reconocemos el desencadenante de una sucesión de acontecimientos que llevaron al mundo a ser tal como lo entendemos hoy. Nuestra "escalera hacia la modernidad" pasa también por los estados de Mesopotamia y Egipto, impulso necesario para la formación de las sociedades minoicas y micénicas, que a su vez consideramos referentes de los sistemas estatales de la Grecia clásica y, a continuación, de Roma. A partir de allí, un camino "lógico" habría conducido a los estados actuales.

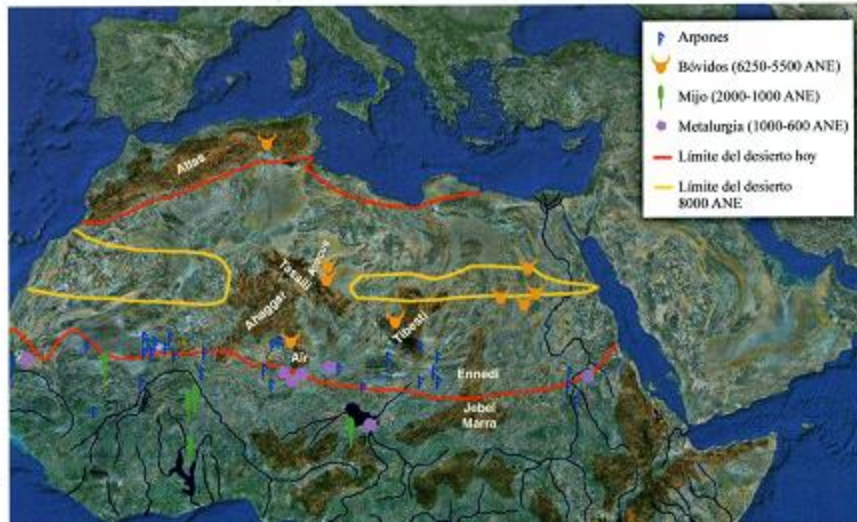
Si bien nuestro relato menciona de pasada que existieron varios "edades oscuras" de profunda ruptura social y económica, y que los nexos entre estas sociedades tan distantes en el tiempo y en el espacio están lejos de ser determinantes, en el discurso sigue implícita la creencia en unas esencias históricas, al mismo tiempo que morales, que permitirían explicar y justificar nuestro punto de llegada. Conceptos tales como propiedad privada, competitividad, desarrollo tecnológico, productividad o racionalidad económica median en la realización de estas esencias, cuya

vigencia debe ser mantenida, si es preciso mediante el uso de la fuerza militar, para evitar desviaciones en la dirección de nuestro desarrollo.

La narración de este particular devenir, sin embargo, obvia que la humanidad ha recorrido muchas otras trayectorias, que no por haber sido abortadas y seguir siendo aniquiladas con mayor o menor empleo de la violencia por parte de la sociedad occidental y occidentalizada —capitalista, en definitiva—, dejan de formar parte de la Historia, incluso de nuestra Historia. Como explicó brillantemente Rosa Luxemburg, el desarrollo de Europa tras el descubrimiento de América y, en especial, desde su época colonial en el siglo XIX, no sería siquiera imaginable sin el descomunal expolio de las comunidades del resto del mundo (esclavos/inmigración "ilegal"), así como de sus materias primas, de sus tecnologías y conocimientos, de su arte e incluso de su patrimonio. Sin estos recursos, propios de unas sociedades históricas, simplemente habría resultado imposible el desarrollo industrial y la generación de las enormes plusvalías necesarias para perpetuar el sistema. Sin embargo, la historiografía oficial, con su parcialidad y su eurocentrismo característico, elimina de nuestra conciencia histórica este aspecto incómodo, pues donde sólo hay seres y territorios sin Historia no puede haber derechos históricos propios, es decir, el derecho de las sociedades a decidir sobre su propia vida y a disponer de los medios necesarios para llevarla a cabo.

A pesar de la proximidad geográfica y, como veremos, tecnológica, con Europa, y de la importancia demográfica de la población de origen africano en muchos países occidentales, las sociedades subsaharianas han sido particularmente desatendidas por la [pre]historia académica. Apenas se han realizado excavaciones sistemáticas, y muchas regiones se pueden considerar *terra incognita* en cuanto a la dinámica social y económica acontecida en ellas durante los últimos milenios. Un ejemplo ilustrativo

A LA DERECHA, EL NORTE DE ÁFRICA DURANTE LA PREHISTORIA RECIENTE: CAMBIOS CLIMÁTICOS Y EVIDENCIAS PALEOECONÓMICAS.



LA ORGANIZACIÓN EN COMUNIDADES SEMIESTABLES RELATIVAMENTE PEQUEÑAS PARECE IGUALMENTE UNA CONSTANTE A LO LARGO DE LOS MILENIOS. EL TAMAÑO REDUCIDO Y LA CAPACIDAD DE DESPLAZAMIENTO FAVORECIERON LA ASIMILACIÓN DE LOS CAMBIOS.

podría ser que sólo en las islas Baleares disponemos de más dataciones absolutas de C14 que en todo el Sahara, el Sahel y Sudán juntos. En consecuencia, los restos arqueológicos que se encuentran por doquier en este enorme territorio carecen de tiempo, y difícilmente pueden formar parte del conocimiento histórico. El saqueo a gran escala de puntas de flecha, hachas pulimentadas, figurillas, adornos, etc. desencadenado a raíz del mercado de antigüedades y del turismo contribuye igualmente a borrar las huellas del pasado de sus gentes. Este texto pretende hacernos reflexionar sobre nuestra propia historia a partir de lo que la arqueología del Norte de África indica a retazos.

Para ello es indispensable que volvamos al punto de partida, es decir, al proceso de neolitización del Próximo Oriente, desde donde la revolución técnica y social desencadenada con la domesticación de plantas y animales y con la metalurgia no sólo repercutió sobre Occidente, sino también sobre Oriente y África a través del valle del Nilo. Si por un momento olvidamos lo que se nos ha dicho sobre nuestros orígenes y nos situamos en el Creciente Fértil hace 9000 años, comprobamos que nuestra mirada puede enfocar en varias direcciones. En cada una de ellas reconoceremos una historia diferente, aunque en todas la domesticación y la metalurgia acabaron desempeñando un papel tan importante como en Europa. Si dirigimos nuestra atención hacia el Suroeste veremos que el Próximo Oriente y el Norte de África se encuentran comunicados a través del Valle del Nilo, y que las barreras geográficas son

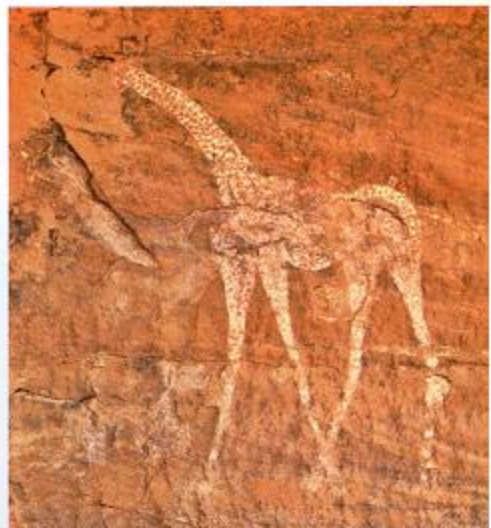
incluso menores que las que existen entre las regiones prístinas del Neolítico y Europa. A pesar de la percepción actual del Sahara como una barrera casi infranqueable, existen numerosos indicios de que esta zona siempre estuvo comunicada con Asia y el Mediterráneo. Y esta comunicación no se produjo en una sola dirección, ya que si el Norte influyó en África, también llegaron elementos africanos al Próximo Oriente, la India o Europa. La intercomunicación sólo se ha visto dificultada en los últimos milenios debido a una serie de dramáticos cambios climáticos y medioambientales ocurridos en África del Norte.

LAS CONDICIONES CLIMÁTICAS Y GEOGRÁFICAS

Al Sur del Sahara se extienden las franjas climáticas y ambientales conocidas como Sahel y, antes de llegar a la zona tropical, Sudán. Mientras el desierto se define climáticamente como una zona con menos de 100 mm de pluviosidad anual, el Sahel recibe entre 100 y 350/500 mm, y el Sudán hasta unos 1000 mm. Estas lluvias no se reparten a lo largo del año, sino que caen sobre todo en los meses de verano, coincidiendo con la llegada de los monzones. Los estudios paleoecológicos y arqueológicos han revelado que hasta hace sólo algunos milenios en todas estas regiones las condiciones climáticas eran mucho más suaves que en la actualidad.

En general, debemos imaginarnos la última fase del Pleistoceno (c. 20.000-10.000 a. de C.) como un periodo extremadamente árido. En esa época el Sahara tenía un aspecto similar al actual y una

ABAJA A LA IZQUIERDA, JIRAFAS EN EL PARQUE KRUGER (SUDÁFRICA) EN UN PAISAJE SIMILAR AL EXISTENTE EN EL NORTE DE ÁFRICA HASTA HACE 4.000 AÑOS. A LA DERECHA, PINTURA CON FIGURA DE JIRAFAS EN EL MACIZO DE ACACUS.



ABAJO A LA DERECHA, MOLINOS, PERCUTORES Y OTROS ARTEFACTOS MACROLÍTICOS SON MATERIALES COMUNES EN LOS YACIMIENTOS PREHISTÓRICOS. BAJO ESTAS LÍNEAS, PINTURA REPRESENTANDO UN ENCUENTRO SOCIAL AL NORTE DE LOS "GRANDES ARCOS", EN DJEBEL ACACUS.

extensión aún mayor. Aunque en un territorio tan amplio las variaciones regionales son importantes, a partir de c. 9300 cal a. de C. se produjo un cambio climático radical. Con el inicio de una época "pluvial", el Norte de África se vio beneficiado por unas condiciones mucho más húmedas y fue posible el desarrollo de formaciones de bosque y dehesa más o menos densas. Salvo una interrupción de algo más de mil años entre c. 5800-4500 cal a. de C., estas condiciones climáticas óptimas se mantuvieron, con ciertas fluctuaciones, hasta c. 3500 cal a. de C. A partir de ese momento comenzó un rápido aumento de la sequedad y los lagos y los ríos descendieron de nivel o incluso desaparecieron. Entre 2000 y 1500 a. de C. quedó establecida la aridez que conocemos en la actualidad.

LOS ASENTAMIENTOS Y LA SUBSISTENCIA

Cuando se viaja por el Sahara y el Sahel sorprende la constante presencia de yacimientos arqueológicos. Por lo general se trata de concentraciones pequeñas pero densas de restos de cerámica modelada a mano y de herramientas de piedra como molinos, muelas de moler, cuchillos o puntas de sílex puestos al descubierto por la erosión eólica y las lluvias monzónicas. Estos antiguos asentamientos, correspondientes a comunidades recolectoras, cazadoras y pescadoras de hace unos 11.000 años, se sitúan en la proximidad de cursos de agua o de lagos, bien al aire libre, bien en abrigos rocosos. Diferentes evidencias muestran que, al menos en algunas zonas, se trataba de poblaciones relativamente estables que se desplazaban entre distintos lugares de hábitat dentro de un territorio fijo.

La probable ocupación temporal de los asentamientos y su frecuente reocupación se manifiesta sobre todo en la abundancia de instrumentos de molienda. Este tipo de artefactos, que empezaron a ser utilizados a principios del IX milenio a. de C., no suele ser transportado por las comunidades en sus

desplazamientos debido a su peso y a que en muchas zonas es posible encontrar rocas apropiadas para su fabricación. Sus cubetas de molido, sin embargo, muestran un intenso desgaste. Dado que los grupos que los utilizaron lo hicieron de forma intermitente hay que pensar que un mismo molino debió estar en uso durante décadas o incluso siglos. A partir de 7500-6500 a. de C. aumenta notablemente el número de molinos presentes en los asentamientos del Sahara central y oriental, lo cual corresponde a un cambio en la alimentación de las comunidades que los utilizaban, con un consumo cada vez mayor de diversas gramíneas silvestres, en especial mijo y sorgo, además de diferentes frutos y raíces. El volumen de recursos vegetales no cultivados que se puede llegar a obtener en estas áreas queda ilustrado por el siguiente dato: todavía hoy, en años particularmente lluviosos, las poblaciones locales de los macizos del Sur del Sahara pueden recolectar hasta 250 kg de sorgo y mijo silvestres por hectárea. Hasta hace unos miles de años tales rendimientos debieron ser algo habitual.

La extraordinaria fertilidad de la tierra combinada con un régimen de ocupación semisedentario hizo posible que, durante milenios, las sociedades norteafricanas obtuviesen su alimento de la recolección y no de la agricultura. Los arpones, las puntas de flechas y los abundantes restos de fauna salvaje y de pescado encontrados en los yacimientos muestran que la pesca y la caza contribuyeron a complementar la alimentación. En el macizo de Acacus incluso se han hallado evidencias de la estabulación de arruís (*Ammotragus lervia*). Ello apunta a un control social directo de los animales salvajes autóctonos desde al menos 6800 a. de C. Con todas estas recursos se mantuvo una población cada vez más numerosa dispersa por gran parte del Sahara y el Sahel.

Hacia 6000 a. de C., coincidiendo con una primera fase de aumento de la sequedad, se registra la domesticación de bóvidos en el Sahara oriental y, quizás, en algunas zonas del Sahara central como



CUANDO SE VIAJA POR EL SAHARA Y EL SAHEL SORPRENDE LA CONSTANTE PRESENCIA DE YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS. POR LO GENERAL SE TRATA DE CONCENTRACIONES PEQUEÑAS PERO DENSAS DE RESTOS DE CERÁMICA Y DE HERRAMIENTAS DE PIEDRA.

Los macizos de Tibesti y Acacus. Tanto los datos genéticos como los arqueológicos apuntan al control de la reproducción de especies autóctonas (*Bos primigenius opisthomus*) y no a la introducción de ganado doméstico (*Bos taurus*) desde Mesopotamia. Las sociedades norteafricanas representaron este proceso en múltiples pinturas y grabados rupestres, que hoy día resultan asombrosos y enigmáticos en un entorno desértico. Jirafas, elefantes, rinocerantes, gacelas y avestruces, entre otros, dan cuenta de un paisaje de bosques, praderas y fuentes o cauces de agua abundantes. Alrededor de 5700 cal a. de C. aparecen las primeras evidencias de oviápidos domésticos en el Sahara oriental y el Mar Rojo. Con toda probabilidad, estos animales fueron introducidos desde el Levante a través del valle del Nilo, dado que no existen equivalentes salvajes en el continente africano. Las nuevas estrategias económicas se generalizaron con enorme rapidez, y en apenas 500 años la ganadería ya estaba plenamente implantada en buena parte del Sahara central y oriental. Sin embargo, esta innovación apenas tuvo efectos sobre otros ámbitos de la vida, como las formas de asentamiento, las estrategias de recolección o la fabricación de herramientas.

De acuerdo con los datos paleobotánicos, el desarrollo de una agricultura tal como la conocemos en el Próximo Oriente o el Mediterráneo, basada en el labrado con azada y en la siembra de especies previamente seleccionadas, no se produjo hasta varios milenios más tarde, posiblemente hacia 2500 a. de C. La primera especie domesticada a partir de una recolección cada vez más especializada e intensa fue el mijo (*Pennisetum glaucum*). Diversos análisis

botánicos sugieren que el inicio de su cultivo tuvo lugar de forma simultánea al menos en dos zonas, una situada cerca del río Senegal y otra alrededor del lago Chad. En el II milenio se produjo la domesticación del sorgo (*Sorghum bicolor*) en la parte oriental del Sahel y de varios tipos de leguminosas tanto en África occidental como oriental. Hacia las mismas fechas comienza el cultivo del ñame (*Dioscorea rotundata*, *D. cayenensis*) en latitudes más húmedas, como el centro y el Sur de Ghana.

También en este caso los cambios económicos fueron adaptados rápidamente por sociedades muy alejadas entre sí. En el II milenio ya encontramos evidencias del cultivo del mijo en el Sur de Mauritania, el Norte de Burkina Faso, Ghana y la ribera occidental del lago Chad (fig. 1). Siguiendo la franja climática de los monzones, algunas de estas especies pasaron incluso a Asia central y oriental. Así, el mijo africano está documentado con seguridad en la India en 1500 a. de C. y el sorgo se encuentra hacia el 1400 a. de C. en Corea. La velocidad con que se difundieron las técnicas agrícolas también parece relacionada con cambios en el clima, ya que entre 3500 y 1500 a. de C. las condiciones húmedas dieron paso a la sequedad actual. En muchas zonas las poblaciones se desplazaron hacia el Sur o se reagruparon en los macizos más húmedos, así como en oasis, ríos o lagos. Con el aumento de la aridez, el cultivo, sobre todo del mijo y el sorgo, evitó el despoilamiento de ciertas zonas y permitió que el resto de las condiciones de vida se mantuviesen relativamente estables. Efectivamente, la caza, la pesca y la recolección continuaron formando parte de la



À LA IZQUIERDA, PAISAJE ACTUAL DE DJEBEL ACACUS, UNA ZONA INTENSAMENTE POBLADA EN ÉPOCA PREHISTÓRICA.

economía, si bien perdieron importancia a favor de la ganadería y la agricultura.

LA ALFARERÍA

Uno de los resultados más sorprendentes de la datación por C14 de yacimientos del ámbito sahariano es la antigüedad de las técnicas de modelado, decoración y cocción de recipientes cerámicos. Si en el Próximo Oriente las primeras producciones de cerámica se remontan al 7000 a. de C., en el Norte de África la alfarería comienza 2000 años antes. Además, a lo largo de la prehistoria la cerámica mantiene una enorme similitud de formas y estilos, generalmente conocidos como *dotted wavy line pottery*, en toda la franja sahariano-sudanesa. Normalmente se trata de vasijas globulares y de cuencos decorados profusamente con motivos geométricos impresos o incisos. La difusión de los estilos más característicos desde el Mar Rojo hasta Mauritania y desde el Sahara oriental hasta la sabana, en un área de 5300 km Este-Oeste y 1500 km Norte-Sur, refleja el grado de comunicación, interacción y movilidad existente entre las comunidades del Norte de África durante la prehistoria reciente. A la vista de la conexión existente entre África y el Próximo Oriente a través del valle del Nilo, tampoco se puede descartar que la tecnología llegase a esta segunda región procedente del Sur.

Independientemente de su valor estético, la abundancia de restos cerámicos en los yacimientos y su asociación a instrumentos de molinda indica su importancia para el almacenamiento y cocinado ya desde un primer momento y permite obtener información acerca del tipo de alimentos consumido y su procesado. Los recipientes esféricos, más o menos cerrados, son idóneos para el hervido de preparados a base de harinas de cereales silvestres a las que se podría añadir pescado, carne y todo tipo de vegetales silvestres. Precisamente algunas de las ventajas del hervido son que permite hacer

consumible una mayor variedad de sustancias y que favorece el aprovechamiento de sus nutrientes. La perduración en el tiempo de las formas cerámicas es una muestra más del gran arraigo de las prácticas económicas y sociales y, por tanto, de su efectividad a la hora de garantizar la vida y el desarrollo de las comunidades norteafricanas.

LA METALURGIA

Estas sociedades semisedentarias, basadas todavía en buena medida en la caza y la recolección, comenzaron a fundir cobre por primera vez en el Air hacia 2700/2400 a. de C. A principios del I milenio ya se dominaba la producción de bronce, latón y hierro en muchas regiones desde Mauritania hasta Nigeria, e incluso Ruanda y Burundi. Se trata siempre de producciones a pequeña escala dirigidas a la elaboración de adornos, herramientas y algunas armas. A lo largo del milenio cesa la fabricación de puntas de flecha y de hachas de piedra, ya que pueden ser sustituidas por equivalentes de bronce y de hierro. En Asia y Europa el paso del trabajo del cobre a la forja del hierro requirió varios milenios, y se transmitió de unas regiones a otras de forma mucho más lenta.

Cómo llegó la metalurgia a la zona del Air sigue siendo una incógnita. La mayoría de los autores defienden la existencia de influencias desde el Norte, bien desde la Península Ibérica y Marruecos, bien desde Egipto a través de Nubia. También se ha postulado la llegada de una ola de población beréber, pero en todos los casos se trata de recorridos de miles de kilómetros, a lo largo de los cuales no se han documentado restos de fundición en fechas tan antiguas como en el Air. En consecuencia, no resulta imposible plantear un desarrollo local del trabajo del cobre, en especial cuando los contextos con las primeras evidencias de metalurgia no muestran ningún otro cambio en los restantes ámbitos de la vida coti-

JUNTO A ESTAS LÍNEAS,
GRABADO DE UN
RINOCERONTE EN EL
MACIZO DE ACACUS.



diana. Las formas de asentamiento semisedentario y la economía pastoril y recolectora en la que la agricultura va ganando paulatinamente más importancia, persisten.

Facilidad para moverse: la introducción del carro y el inicio de la crisis climática

Otro de los aspectos sorprendentes de la prehistoria del Norte de África es la abundancia de pinturas y grabados con representaciones de carros. Estos vehículos, que supusieron un cambio radical en los medios de transporte, seguramente aparecieron por primera vez en las estepas del Norte del Mar Negro durante la primera mitad del IV milenio. Desde allí se expandieron en pocos siglos tanto hacia Europa occidental como hacia Oriente Próximo y la India. Se trataba de carros pesados, con dos ejes y cuatro ruedas macizas de madera, tirados por buyes.

El arte rupestre del Sahara, sin embargo, muestra un tipo de carro mucho más ligero, con un solo eje montado en la parte posterior de la plataforma y dos ruedas de radios. Hacia adelante se extendía la lanza, en cuyo extremo iba fijado un yugo para dos animales de tiro. Estos carros podían transportar una o dos personas, y algunas pinturas muestran también la carga de objetos. Conocemos carros similares en Egipto a partir del periodo Hicso (mediados del II milenio), cuando fueron introducidos probablemente desde el Norte. La construcción de estos vehículos ligeros y veloces requiere de unos conocimientos técnicos notables que abarcan un trabajo específico de la madera, el dominio del empleo de bridas y bocados, un buen control de la metalurgia y una cría y doma de caballos especializada.

Cómo y cuándo apareció esta tecnología en el Sahara es otro de los enigmas de la arqueología africana. Numerosos autores, basándose sobre todo en las referencias de Heródoto (c. 450 a. de C.) y Silio Itálico (200 a. de C.) sobre el uso del carro entre los libios (Garamantes), sostienen que fue introducido junto con el caballo por algún pueblo del África medi-

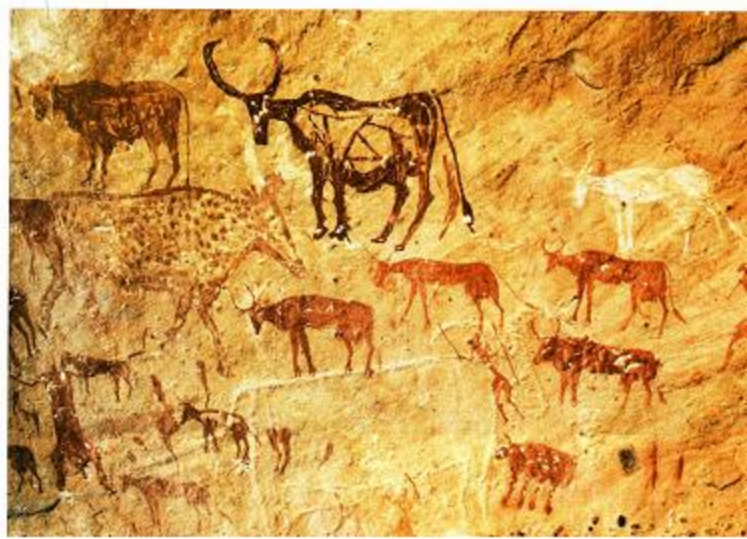
terránea. Otros consideran que su aparición estaría relacionada con la llegada al Norte de África de los denominados "Pueblos del Mar" hacia 1200 a. de C. Entre ellos, al menos algunos grupos procederían del ámbito micénico, donde ya existían carros similares.

Los animales salvajes asociados a los carros, unidos a los datos paleoclimáticos, podrían dar indicios sobre la cronología de estas pinturas. En general se trata de jirafas, avestruces y, sobre todo, arruís, lo cual indicaría un clima menos árido que el actual y, por tanto, una mayor antigüedad. Por el contrario, la presencia de pozos y palmeras en algunas escenas sugiere un clima de tendencia árida. Quizás unas y otras composiciones correspondan a periodos distintos.

Si se parte de la idea de que el caballo procede de Europa, donde parece que fue domesticado en diferentes áreas (Ucrania, Alemania, sureste de la Península Ibérica) a lo largo del III milenio a. de C., y de su llegada a Egipto hacia mediados del II milenio a. de C., resulta difícil aceptar una fecha anterior a ese momento para la presencia del carro en el área del Sahara y el Sahel. Sin embargo, tampoco puede descartarse por completo una domesticación autóctona del llamado caballo beréber (*Equus africanus*).

A la vista de la información disponible, la hipótesis más probable parece ser la de la introducción del carro ligero junto con el caballo a través del valle del Nilo. Si bien en el Sahara el carro ligero tirado por dos caballos no está asociado a escenas bélicas, como ocurre en Oriente Próximo y Egipto, en esta época sí que aparecen escenas de combates entre hombres armados con lanzas. Estas se convierten ahora en el arma más frecuente en la iconografía en detrimento del arco y las flechas. Los movimientos migratorios causados por la rápida desertización de la zona y los cambios económicos y sociales ocurridos a raíz de la adopción de la agricultura y la metalurgia sin duda conllevaron situaciones de crisis y conflicto social duran-

EN EL CENTRO DE LA PAGINA, DESIERTO DEL TENERE. EN PRIMER TÉRMINO, RESTOS DE UN ASENTAMIENTO PREHISTÓRICO. JUNTO A ESTAS LINEAS, ESCENA GANADERA PINTADA EN UN ABRIGO ROCOSO AL NORTE DE LOS "GRANDES ARCOS", EN DJEBEL ACACUS.



te el II y, en especial, el I milenio a. de C. En el arte rupestre, donde en épocas anteriores se representaban escenas de la vida cotidiana con reuniones de mujeres y hombres realizando diferentes actividades, ahora dominan las figuras masculinas estáticas, acentuadamente esquematizadas y acompañadas de armas o elementos simbólicos. En algún momento, quizás hacia el cambio de era, desaparecen las representaciones de carros y se muestran jinetes armados con jabalinas sobre caballos y dromedarios. Hacia esa época o quizá algo antes aparece también el *tifinagh*, la primera escritura del Norte de África.

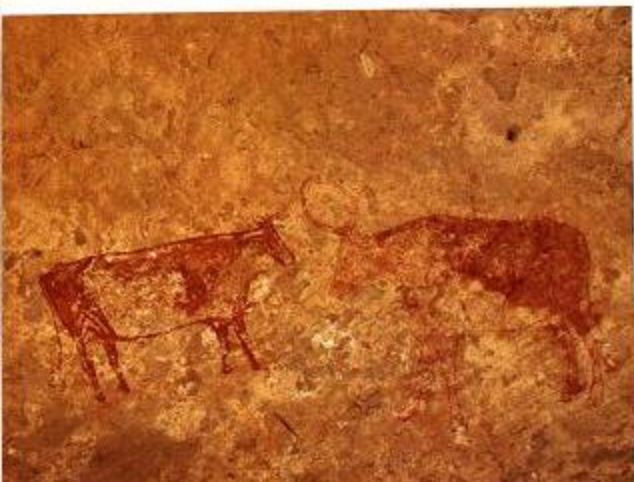
ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN EL ÁFRICA PREHISTÓRICA

Uno de los rasgos característicos de las poblaciones prehistóricas del Norte de África fue su alto grado de comunicación e interconexión, sin duda propiciado por la ausencia de barreras geográficas insalvables en el cinturón sahariano-sudanes, pero también por la gran capacidad de movilidad social y la ausencia o permeabilidad de las fronteras políticas. En estas circunstancias, los avances logrados primero en relación con la ganadería y más adelante en el campo de la agricultura, la fabricación de herramientas, los medios de transporte, etc. pasaron con rapidez de una zona a otra. A partir de 1600-1500 a. de C., apenas algunos siglos después de su domesticación en el Sahel, determinados cultivos africanos alcanzaron incluso el Sur de la India, donde también vivían sociedades neolíticas sin superestructuras de tipo estatal. La movilidad en toda la franja semiárida afectada por lluvias monzónicas debió ser importante, y el intercambio fluido de conocimientos probablemente fue clave para enfrentar unos cambios climáticos y ambientales drásticos.

En definitiva, las economías de la zona sahariano-sudanesa, donde transformaciones tan importantes como la introducción de las estrategias agrícolas, la metalurgia del cobre, la fundición del hierro y la mejora de los medios de transporte terrestres acontecieron en apenas 2000 años, se desarrollaron técnicamente a un ritmo muy superior al de las sociedades de la zona euroasiática. Hacia 500 a. de C. las sociedades subsaharianas habían logrado superar una grave crisis climática, ajustarse a una situación ambiental completamente nueva y disponer prácticamente de los mismos conocimientos técnicos que, por ejemplo, las poblaciones contemporáneas de la Península Ibérica después de 5.000 años de un arduo proceso de transformación de sus medios de producción. Mientras que en la zona euroasiática la "revolución" neolítica había desembocado para entonces en enormes disimetrías sociales y desigualdades económicas, abarcando desde grandes imperios en Oriente hasta comunidades campesinas autosuficientes en el Norte y Oeste de Europa, la situación en África parece haber sido mucho más homogénea. Si en la prehistoria reciente de Europa hemos establecido un mosaico de culturas, grupos y horizontes detrás de los cuales queremos reconocer, en definitiva, identidades diferenciadas, en África sorprende la gran velocidad con la que se difundieron los avances tecnológicos de unas regiones a otras y la aparentemente escasa importancia concedida a la diferenciación "cultural". Antes de la crisis climática del II y I milenio, amplios territorios compartieron estilos similares en la decoración de la cerámica, el arte rupestre, el trabajo de la piedra y, finalmente, la metalurgia. Estas similitudes reflejan la movilidad de las poblaciones y la comunicación entre grupos distantes que, además, no compartían necesariamente la misma lengua.

La organización en comunidades semiestables relativamente pequeñas parece igualmente una

ABAJO, PINTURA CON REPRESENTACIÓN DE BÓVIDOS EN LA MISMA ZONA DE DJEBEL ACACUS. A LA DERECHA, GRABADO CON REPRESENTACIÓN DE ELEFANTE CERCA DE LOS "GRANDES ARCOS" DE DJEBEL ACACUS.



DE ACUERDO CON LOS DATOS PALEOBOTÁNICOS, EL DESARROLLO DE UNA AGRICULTURA TAL COMO LA CONOCEMOS EN EL PRÓXIMO ORIENTE O EL MEDITERRÁNEO, NO SE PRODUJO HASTA VARIOS MILENIOS MÁS TARDE, POSIBLEMENTE HACIA 2500 A. DE C.

constante a lo largo de los milenios. El tamaño reducido y la capacidad de desplazamiento favorecieron la flexibilidad necesaria para asimilar e integrar con facilidad los cambios climáticos, técnicos y económicos. Ni en los poblados ni en las manifestaciones simbólicas hay evidencia alguna de la existencia de estructuras políticas situadas por encima del nivel de cada comunidad. Tampoco se observa una jerarquía marcada entre los asentamientos, criterio utilizado por la arqueología para proponer situaciones de centralización económica o política. Asimismo, en África se desconocen sistemas de fortificación comunes en Europa desde el IV milenio a. de C., tales como murallas, terraplenes o fosos.

Los primeros poblados estables de cierta envergadura surgen a finales del I milenio a. de C. Uno de los asentamientos más antiguos con estructuras de tipo urbano es Djenné-Djéno (Mali), que hacia el siglo VIII NE contaba entre 10.000 y 26.000 habitantes y practicaba el comercio a larga distancia, como ponen de manifiesto los objetos de cobre y las perlas de vidrio de probable procedencia mediterránea. Aquí se encuentran también las primeras evidencias de fortificación de adobe. En este momento o algo antes, en el área de los ríos Senegal, Gambia y Níger, parecen surgir las primeras organizaciones estatales, con ejército, una administración centralizada dirigida por un monarca y un sistema tributario. Los datos históricos sugieren que la formación de estos Estados fue impulsada por la llegada de grupos beréberes desde el Norte, sobre todo a partir de la islamización del África septentrional.

Dada la dificultad para identificar discontinuidades significativas en el tiempo y en el espacio, las edades y los periodos que empleamos para narrar nuestra devenir en Europa no son aplicables a la Prehistoria africana. Si se tienen en cuenta las fechas de inicio de la alfarería, uno de los rasgos considerados distintivos para hablar de sociedades neolíticas, habría que aceptar que este periodo decisivo para la humanidad tuvo su cuna en el Sahara, y no en el Próximo Oriente. Por el contrario, si en el denominado Creciente Fértil la agricultura precedió ligeramente a la ganadería, en África la domesticación de animales ocurrió varios milenios antes que la de plantas. El sedentarismo, generalmente aceptado como una de las condiciones previas para la revolución neolítica en Asia, no parece que desempeñase un papel decisivo en el desarrollo de las sociedades prehistóricas sahariano-sudanesas. La "Edad del Cobre" del la zona del Aír se produjo en un contexto de comunidades básicamente nómadas y recolectoras, más que a conse-

cuencia del desarrollo de una economía "neolítica". Tampoco nuestra "Edad del Bronce" adquiere sentido en el ámbito africano, dado que este metal se trabajó prácticamente al mismo tiempo que el hierro en sociedades que, continuaron sin grandes rupturas las formas de vida previamente establecidas.

La prehistoria de África nos muestra que desarrollos tecnológicos como la domesticación o la metalurgia no están necesariamente vinculados a determinadas formas de organización política y social ni implican la existencia de marcadas disimetrías y mecanismos de explotación en el seno de las comunidades. Asimismo, pone de manifiesto que el "modo de vida occidental" actual sólo es uno de los resultados históricos posibles de procesos iniciados hace milenios en diversas partes del mundo. Su actual supremacía económica, tecnológica y militar garantiza la dependencia y la subyugación y, en último término, provoca la destrucción de todas las experiencias distintas. La Historia no eurocéntrica nos recuerda que otros mundos fueron posibles y nos permite seguir confiando en que quizás lo vuelvan a ser.



BIBLIOGRAFÍA

- **G. Aumassip (1997)**, "L'émergence précoce du Néolithique au Sahara", *Pour la Science*, pp. 56-62.
- **S. di Lernia (2001)**, "Dismantling dung: Delayed use of food resources among early Holocene foragers of the Libyan Sahara", *Journal of Anthropological Archaeology* 20, pp. 408-441.
- **D. Fuller (2003)**, "African crops in prehistoric South Asia: a critical review", en Neumann, K., Butler, A. y Kahlheber, S. (eds), *Food, fuel and fields - Progress in African Archaeobotany*. Heinrich Brth Institut, Köln: 239-271.
- **D. GRÉBÉNART (1985)**, *La région d'in Gall-Tegidda n Tesemt (Niger) II: Le Néolithique Final et les débuts de la Métallurgie*. Institut de Recherches en Sciences Humaines, Niamey.
- **H. Lhote y P. Colombel (1979)**, *Gravures, peintures rupestres et vestiges archéologiques des environs de Djanet (Tassili-n-ajjer)*. Office du Parc National du Tassili, Argel.
- **F. Marshall y E. Hildebrand (2002)**, *Cattle before Crops: the beginnings of food production in Africa*, *Journal of World Archaeology*, 16, 2, pp. 99-143.
- **J-P. Roset (2000)**, "Céramique et néolithisation en Afrique Saharienne", en GUILAINE, J. G. (ed.), *Premiers paysans du monde. Naissances des agricultures*. Editions Errance, Paris, pp. 263-290.
- **T. Shaw, P. Sinclair, B. Andah y A. Okpoko (eds) (1993)**, *The archeology of Africa: food, metals and towns*. Routledge, London.
- **G. T. Stride y C. Ifeka (1971)**, *Peoples and Empires of West Africa: West Africa in History 1000-1800*. Nelson, Walton-on-Thames.
- **K. H. Striedter (2004)**, "Bronzezeitliche Wagen in der Sahara?", en FANSA, M. y BURMEISTER, St. (eds), *Rad und Wagen: Der Ursprung einer Innovation*. Von Zabern, Mainz, pp. 157-166.